

TALLER No 3

NOMBRE DEL TALLER: COMPRESIÓN DE TEXTOS LITERARIOS

- **ÁREA:** Lenguaje
- **DOCENTE:** Luz Mery Tamayo
- **GRUPO:** DÉCIMO
- **FECHA:** Febrero 2024

FASE DE PLANEACIÓN O PREPARACIÓN

COMPETENCIA: Reconoce en las producciones literarias como cuentos, relatos cortos, fábulas y novelas, aspectos referidos a la estructura formal del género y a la identidad cultural que recrea.

EVIDENCIA DE APRENDIZAJE:

-Determina la identidad cultural presente en textos literarios y la relaciona con épocas y autores. - Distingue las estructuras formales de textos literarios como la presencia de diferentes narradores que se encargan de nutrir la historia con diferentes puntos de vista sobre un suceso. -Presenta trabajos escritos con normas técnicas



¿QUÉ REPRESENTA LA IMAGEN?



- ¿Cuál fue tu primera impresión al ver las imágenes?
- ¿Qué llamó tu atención en cada una de las imágenes?
- ¿Cómo te hacen sentir estas imágenes?
- ¿Estas imágenes te recuerdan algo? ¿Qué?
- ¿Qué personajes aparecen en la imagen? ¿Cuál es la posición que tienen y cómo ayuda la posición en la composición del tema?
- ¿Qué tipo de mujer representa Caperucita en cada imagen y cómo influye el contexto social en dicha representación?
- ¿Qué nos dice el contexto de cada imagen sobre la época que representa?
- ¿Qué elementos de Caperucita roja son representados en cada una de las imágenes?
- ¿Qué elementos nuevos aporta quien realizó cada dibujo?
- ¿Qué papel juega el color para lograr el propósito del ilustrador?



INSTITUCIÓN EDUCATIVA LENINGRADO

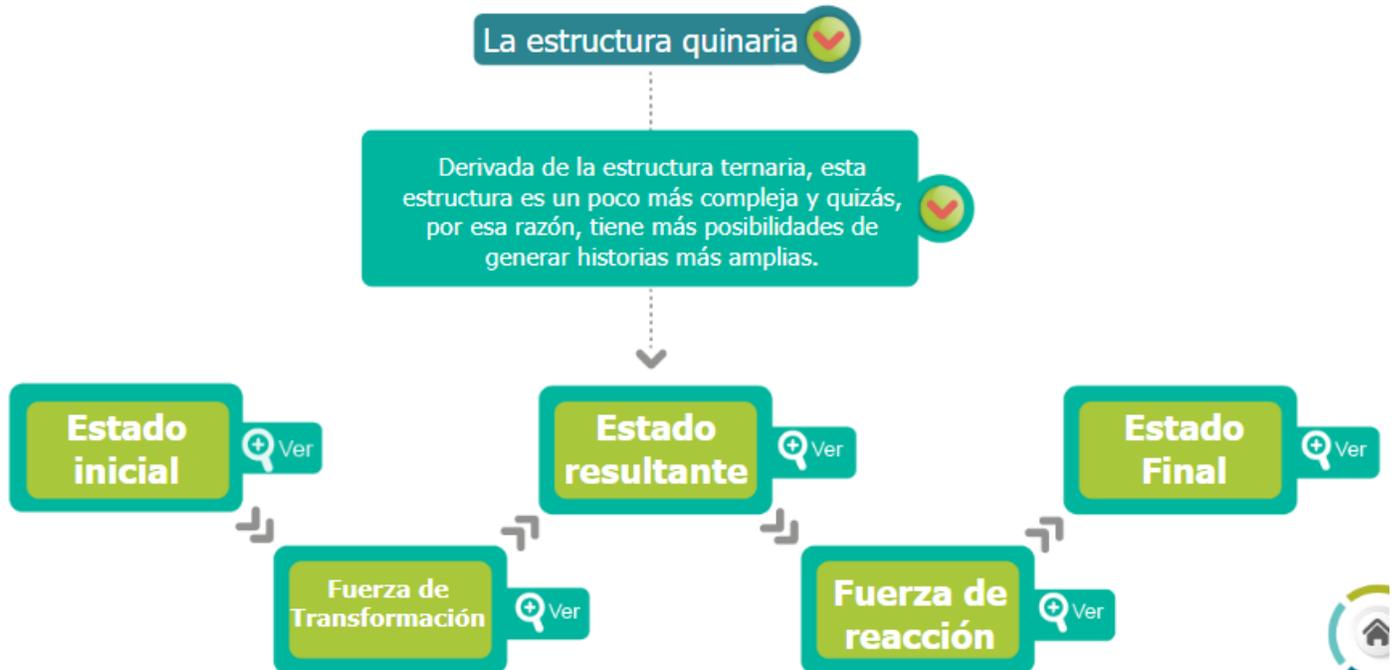
Resol. No.2285 de mayo 02 de 2011 Jornada Diurna

Resol. No. 3212 de Julio 01 de 2011 Jornada Nocturna

NIT 816.002.832-0 DANE 166001002886



El modelo quinario.



ACTIVIDAD: consulta la estructura anterior de los cuentos.

TAREA: *lee e identifica las ideas principales “Caperucita Roja”. Aquí te proponemos una versión del escritor Triunfo Arciniegas..*

Caperucita Roja Triunfo Arciniegas

Ese día encontré en el bosque la flor más linda de mi vida. Yo, que siempre he sido de buenos sentimientos y terrible admirador de la belleza, no me creí digno de ella y busqué a alguien para ofrecérsela. Fui por aquí, fui por allá, hasta que tropecé con la niña que le decían Caperucita Roja. La conocía, pero nunca había tenido la ocasión de acercarme. La había visto pasar hacia la escuela con sus compañeros desde finales de abril. Tan locos, tan traviosos, siempre en una nube de polvo, nunca se detuvieron a conversar conmigo, ni siquiera me hicieron un adiós con la mano. Qué niña más graciosa. Se dejaba caer las medias a los tobillos y una mariposa ataba su cola de caballo. Me quedaba oyendo su risa entre los árboles. Le escribí una carta y la encontré sin abrir días después, cubierta de polvo, en el mismo árbol y atravesada por el mismo alfiler. Una vez vi que le tiraba la cola a un perro para divertirse. En otra ocasión apedreaba los murciélagos del campanario. La última vez llevaba de la oreja un conejo gris que nadie volvió a ver. Detuve la bicicleta y desmonté. La saludé con respeto y alegría. Ella hizo con el chicle un globo tan grande como el mundo, lo estalló con la uña y se lo comió todo. Me rasqué detrás de la oreja, pateé una piedrecita, respiré profundo, siempre con la flor escondida. Caperucita me miró de arriba abajo y respondió a mi saludo sin dejar de masticar. —¿Qué se te ofrece? ¿Eres el lobo feroz? Me quedé mudo. Sí era el lobo pero no feroz. Y sólo pretendía regalarle una flor recién cortada. Se la mostré de súbito, como por arte de magia. No esperaba que me aplaudiera como a los magos que sacan conejos del sombrero, pero tampoco ese gesto de fastidio. Titubeando, le dije: —Quiero regalarte una flor, niña linda. —¿Esa flor? No veo por qué. —Está llena de belleza —dije, lleno de emoción. —No veo la belleza —dijo Caperucita—. Es una flor como cualquier otra. Sacó el chicle y lo estiró. Luego lo volvió una pelotita y lo regresó a la boca. Se fue sin despedirse. Me sentí herido, profundamente herido por su desprecio. Tanto, que se me soltaron las lágrimas. Subí a la bicicleta y le di alcance. —Mira mi reguero de lágrimas. —¿Te caíste? —dijo—. Corre a un hospital. —No me caí. —Así parece porque no te veo las heridas. —Las heridas están en mi corazón —dije. —Eres un imbécil. Escupió el chicle con la violencia de una bala. Volvió a alejarse sin despedirse. Sentí que el polvo era mi pecho, traspasado por la bala de chicle, y el río de la sangre se estiraba hasta alcanzar una niña que ya no se veía por ninguna parte. No tuve valor para subir a la bicicleta. Me quedé toda la tarde sentado en la pena. Sin darme cuenta, uno tras otro, le arranqué los pétalos a la flor. Me arrimé al campanario abandonado pero no encontré consuelo entre los murciélagos, que se alejaron al anochecer. Atrapé una pulga en mi barriga, la destripé con rabia y esparcí al viento los pedazos. Empujando la bicicleta, con el peso del desprecio en los huesos y el corazón más desmigajado que una hoja seca pisoteada por cien caballos, fui hasta el pueblo y me tomé unas cervezas. “Bonito disfraz”, me dijeron unos borrachos, y quisieron probárselo. Esa noche había fuegos artificiales. Todos estaban de fiesta. Vi a Caperucita con sus padres debajo del samán del parque. Se comía un inmenso helado de chocolate y era descaradamente feliz. Me alejé como alma que lleva el diablo. Volví a ver a Caperucita unos días después en el camino del bosque. —¿Vas a la escuela? —le pregunté, y en seguida me di cuenta de que nadie asiste a clases con sandalias plateadas, blusa ombliguera y faldita de juguete. —Estoy de vacaciones —dijo—. ¿O te parece que éste es el uniforme? El viento vino de lejos y se anidó en su ombligo. —¿Y qué llevas en el canasto? —Un rico pastel para mi abuelita. ¿Quieres probar? Casi me desmayo de la emoción. Caperucita me ofrecía su pastel. ¿Qué debía hacer? ¿Aceptar o decirle que acababa de almorzar? Si aceptaba pasaría por ansioso y maleducado: era un pastel para la abuela. Pero si rechazaba la invitación, heriría a Caperucita y jamás volvería a dirigirme la palabra. Me parecía tan amable, tan bella. Dije que sí. —Corta un pedazo. Me prestó su navaja y con gran cuidado aparté una tajada. La comí con delicadeza, con educación. Quería hacerle ver que tenía maneras refinadas, que no era un lobo cualquiera. El pastel no estaba muy sabroso, pero no se lo dije para no ofenderla. Tan pronto terminé sentí algo raro en el estómago, como una punzada que subía y se transformaba en ardor en el corazón. —Es un experimento —dijo Caperucita—. Lo llevaba para probarlo con mi abuelita pero tú apareciste primero. Avísame si te mueres. Y me dejó tirado en el camino, quejándome. Así era ella, Caperucita Roja, tan bella y tan perversa. Casi no le perdono su travesura. Demoré mucho para perdonarla: tres días. Volví al camino del bosque y juro que se alegró de verme. —La receta funciona —dijo—. Voy a venderla. Y con toda generosidad me contó el secreto: polvo de huesos de

murciélago y picos de golondrina. Y algunas hierbas cuyo nombre desconocía. Lo demás todo el mundo lo sabe: mantequilla, harina, huevos y azúcar en las debidas proporciones. Dijo también que la acompañara a casa de su abuelita porque necesitaba de mí un favor muy especial. Batí la cola todo el camino. El corazón me sonaba como una locomotora. Ante la extrañeza de Caperucita, expliqué que estaba en tratamiento para que me instalaran un silenciador. Corrimos. El sudor inundó su ombligo, redondito y profundo, la perfección del universo. Tan pronto llegamos a la casa y pulsó el timbre, me dijo: —Cómete a la abuela. Abrí tamaños ojos. —Vamos, hazlo ahora que tienes la oportunidad. No podía creerlo. Le pregunté por qué. —Es una abuela rica —explicó—. Y tengo afán de heredar. No tuve otra salida. Todo el mundo sabe eso. Pero quiero que se sepa que lo hice por amor. Caperucita dijo que fue por hambre. La policía se lo creyó y anda detrás de mí para abrirme la barriga, sacarme a la abuela, llenarme de piedras y arrojarme al río, y que nunca se vuelva a saber de mí. Quiero aclarar otros asuntos ahora que tengo su atención, señores. Caperucita dijo que me pusiera las ropas de su abuela y lo hice sin pensar. No veía muy bien con esos anteojos. La niña me llevó de la mano al bosque para jugar y allí se me escapó y empezó a pedir auxilio. Por eso me vieron vestido de abuela. No quería comerme a Caperucita, como ella gritaba. Tampoco me gusta vestirme de mujer, mis debilidades no llegan hasta allá. Siempre estoy vestido de lobo. Es su palabra contra la mía. ¿Y quién no le cree a Caperucita? Sólo soy el lobo de la historia. Aparte de la policía, señores, nadie quiere saber de mí. Ni siquiera Caperucita Roja. Ahora más que nunca soy el lobo del bosque, solitario y perdido, envenenado por la flor del desprecio. Nunca le conté a Caperucita la indigestión de una semana que me produjo su abuela. Nunca tendré otra oportunidad. Ahora es una niña muy rica, siempre va en moto o en auto, y es difícil alcanzarla en mi destartalada bicicleta. Es difícil, inútil y peligroso. El otro día dijo que si la seguía molestando haría conmigo un abrigo de piel de lobo y me enseñó el resplandor de la navaja. Me da miedo. La creo muy capaz de cumplir su promesa.



FASE DE EVALUACIÓN

ACTIVIDAD

1• Escoge uno de los cuentos del escritor brasileño e identifica las ideas principales y escribe en tu cuaderno.

- Misa de gallo, la cartomántica y la causa secreta

MISA DE GALLO

NUNCA pude entender la conversación que sostuve con una señora, hace muchos años, tenía yo diecisiete, ella treinta. Era la noche de Navidad. Habiendo convenido con un vecino en ir los dos a la misa de gallo, preferí no dormir; acordamos que yo iría a despertarlo a medianoche. La casa en que me hallaba hospedado era la del escribano Menezes, quien había estado casado, en primeras nupcias, con una de mis primas. La segunda esposa, Concepción, y su madre, me acogieron muy bien, cuando vine de Mangaratiba a Río de Janeiro, meses antes, a hacer el curso de ingreso a la universidad. Vivía tranquilo, en aquella casa de dos plantas de la Calle del Senado, con mis libros, pocas relaciones, algunos paseos. La familia era pequeña: el escribano, la mujer, la suegra y dos esclavas. Costumbres a la antigua. A las diez de la noche todos estaban en sus aposentos; a las diez y media la casa dormía. Yo nunca había ido al teatro, y más de una vez, oyendo decir a Menezes que se iba al teatro, le pedí que me llevase con él. En tales ocasiones la suegra hacía una mueca, y las esclavas se reían con disimulo; él no respondía, salía y sólo volvía a la mañana siguiente. Más tarde supe que el teatro era un eufemismo en acción. Menezes tenía amores con una señora, separada del marido, y dormía fuera de casa una vez por semana. Concepción había sufrido, al principio, por la existencia de la concubina. Pero al fin se había resignado, se había acostumbrado, y terminó pensando que aquello era una cosa normal. ¡La buena de Concepción! La llamaban “la santa” y hacía honor al título, tan fácilmente soportaba los olvidos del marido. En verdad, era un temperamento moderado, sin extremos, sin muchas lágrimas ni risas. En la época a que ahora me refiero, podría juzgársela mahometana; hubiera aceptado un harén, siempre y cuando se guardaran las apariencias. Dios me perdone si la juzgo mal. Todo en ella era atenuado y pasivo. El mismo rostro era indefinido, ni bonito ni feo. Era lo que solemos llamar una persona simpática. No hablaba mal de nadie, todo lo disculpaba. No sabía odiar; hasta puede ser que no supiese amar. Aquella noche de Navidad el escribano fue al teatro. Era allá por los años 1861 o 62. Yo debía estar ya en Mangaratiba, de vacaciones;

pero me quedé hasta la Navidad para conocer “la misa de gallo en la corte”. La familia se recogió a la hora de costumbre; yo me instalé en la sala del frente, vestido y listo para salir. De allí pasaría al corredor de la entrada y saldría sin despertar a nadie. Había tres llaves de la puerta de la calle; una estaba en poder del escribano, yo llevaría otra, la tercera quedaría en casa. —¿Pero, señor Nogueira, qué hará usted durante todo este rato? —preguntó la madre de Concepción. —Leer, doña Ignacia. Había llevado una novela, Los Tres Mosqueteros, vieja traducción, creo, del Diario del Comercio. Me senté frente a la mesa que estaba en el centro de la sala, y a la luz de una lámpara de Queroseno, mientras la casa dormía, monté una vez más en el caballo negro de D’Artagnan y partí en pos de aventuras. Al poco tiempo estaba completamente ebrio de Dumas. Los minutos volaban, al contrario de lo que suele pasar cuando son de espera; oí sonar las once, pero casi sin advertirlas. Mientras tanto, un pequeño rumor que provenía de adentro vino a sacarme de la lectura. Eran unos pasos en el pasillo que iba de la sala de visitas al comedor; levanté la cabeza; al momento vi asomarle a la puerta de la sala la figura de Concepción. —¿Aún no se ha ido? —preguntó. —No, aún no; parece que no es todavía medianoche. —¡Qué paciencia! Concepción entró en la sala, arrastrando sus chinelas. Vestía una levantadora blanca, mal anudada en la cintura. Siendo delgada, tenía un aire de imagen romántica que no desentonaba con mi libro de aventuras. Cerré el libro; ella se sentó en la silla que estaba frente a la mía, cerca del canapé.

Como yo le preguntase si la había despertado, sin querer, haciendo ruido, me respondió con rapidez: —No, de ningún modo; desperté porque sí. La miré con cierta atención y dudé de lo que me decía. Sus ojos no eran los de una persona que acaba de despertar; más bien parecían los de alguien que aún no ha dormido. Esa observación, sin embargo, que para otro podría ser importante, fue desechada sin dificultad, sin pensar que tal vez fuera yo la causa de su insomnio, y que hubiera mentido para no disgustarme. Ya he dicho que ella era buena, muy buena. —Pero ya debe ser casi la hora —dije. —¡Qué paciencia la suya, esperar despierto, mientras el vecino duerme! ¡Y esperar solo! ¿No le dan miedo las almas del otro mundo? Hasta temí que se hubiera asustado cuando me vio. —Cuando oí los pasos me pareció un poco extraño; pero usted apareció enseguida. —¿Qué estaba leyendo? No me lo diga, ya me di cuenta; es la novela de los Mosqueteros. —Exactamente: es muy linda. —¿Le gustan las novelas? —Mucho. —¿Ya leyó la Moreninha? —¿Del doctor Macedo? La tengo allá en Mancaratiba. —A mí me gustan mucho las novelas, pero leo poco, por falta de tiempo. ¿Cuáles novelas ha leído? Comencé a decirle algunos títulos. Concepción me escuchaba con la cabeza reclinada en el espaldar, y los ojos entrecerrados fijos en mí. De vez en cuando se humedecía la boca con la lengua. Cuando terminé de hablar, no dijo nada; así permanecimos algunos segundos. Luego, la vi enderezar la cabeza, cruzar los dedos y apoyar sobre ellos el mentón, con los codos apoyados en los brazos de la silla, todo ello sin desviar de mí los grandes ojos vivaces. —Tal vez la haya aburrido —pensé. Y en voz alta: —Doña Concepción, creo que va siendo hora de irme, y yo... —No, no, todavía es temprano. Vi hace un momento el reloj; son las once y media. Le

queda tiempo. ¿Cuando usted pasa la noche despierto, es capaz de no dormir al otro día? —Ya lo he hecho varias veces. —Yo, no; si me desvelo, al otro día estoy que me caigo, y tengo que dormir algo, aunque sea media hora. Pero puede ser porque ya me estoy haciendo vieja. —¿Cómo vieja, doña Concepción? Dije esto con tanta efusión, que la hice sonreír. Por lo general ella era de maneras lentas y de actitud tranquila; ahora, sin embargo, se irguió rápidamente, cruzó la sala y dio algunos pasos, entre la ventana del frente y la puerta del gabinete del marido. Así, con el desaliño recatado de sus ropas, me causaba una impresión singular. Aunque delgada, tenía no sé qué cadencia en el andar, como si el cuerpo le pesara; esa característica nunca me pareció tan especial como aquella noche. Se detenía a veces para examinar un trecho de cortina o para corregir la posición de algún objeto en el aparador; finalmente se detuvo frente a mí, al otro lado de la mesa. Era estrecho el círculo de sus ideas; me repitió su asombro de verme esperar despierto; yo repetí lo que ya le había dicho, o sea que no conocía la misa de gallo de la corte y que no quería perdérmela. —Es igual a la del campo; todas las misas se parecen. —Sin duda es así; pero aquí habrá de seguro más lujo, y más gente también. Fíjese usted, la Semana Santa en la Corte es más bonita que la de los pueblos. Y ni qué decir de San Juan, ni de San Antonio... Poco a poco había vuelto a sentarse; colocó los codos sobre el mármol de la mesa y apoyó el rostro entre las manos entreabiertas. Al no estar abotonadas, las mangas cayeron naturalmente, y le vi la mitad de los brazos, muy blancos, y menos delgados de lo que podría suponerse. Verlos no era algo nuevo para mí, pero tampoco algo habitual; en aquel momento, no obstante, la impresión que recibí fue grande. Las venas eran tan azules, que a pesar de la penumbra podía contarlas desde donde me hallaba. La presencia de Concepción me hacía sentir más despierto que la lectura del libro. Seguí hablándole de lo que pensaba acerca de las fiestas del campo y la ciudad, y de cualquier cosa que se me iba ocurriendo. Cambiaba de un tema a otro, sin saber por qué, haciendo variaciones o volviendo a los primeros, y riendo para hacerla sonreír y poderle ver los dientes, que relucían de blancos, muy parejos. Sus ojos no eran del todo negros, pero sí oscuros; la nariz fina y larga, un poquito curva, daba a su rostro un aire de interrogación. Cuando yo alzaba la voz más de la cuenta, ella me reprendía: —¡Más bajo! mamá puede despertarse. Y no abandonaba aquella posición, que me llenaba de agrado, tan cerca estaban nuestras caras. Realmente, no era preciso hablar alto para ser escuchado; susurrábamos los dos, yo más que ella, porque era yo el que más hablaba; ella, a veces, se quedaba seria, muy seria, con la frente un poco fruncida. Finalmente se cansó; cambió de posición y de lugar. Rodeando la mesa, vino a sentarse a mi lado, en el canapé. Me di la vuelta y pude ver, de soslayo, la punta de sus chinelas; pero fue sólo durante el instante que ella gastó en sentarse; la bata era larga y las cubrió enseguida. Recuerdo que eran negras. Concepción dijo en voz muy baja: —Mamá duerme lejos, pero tiene el sueño muy liviano; si se despertara ahora, la pobre, le costaría mucho volver a dormirse. —A mí me pasa lo mismo. —¿Qué dice? —preguntó ella inclinando su cuerpo para oír mejor. Fui a sentarme en la silla que estaba al lado del canapé y repetí la frase. Se rió de la coincidencia; también

ella tenía el sueño liviano; éramos tres sueños livianos. —Hay veces que me pasa lo mismo que a mamá: despierto y me cuesta dormir otra vez, doy vueltas en la cama, me levanto, enciendo una vela, camino, vuelvo a acostarme, y nada. —Fue lo que le pasó hoy. —No, no —me atajó ella. No entendí la negativa; quizá tampoco ella la entendiese. Tomó los extremos del cinto de su bata y se golpeó con ellos las rodillas, es decir, la rodilla derecha, porque acababa de cruzar las piernas. Después me contó una historia de sueños, y me aseguró que sólo había tenido una pesadilla en toda su vida, cuando era niña. Quiso saber si yo las tenía. La conversación siguió así, lentamente, largamente, sin que yo me acordase de la hora ni de la misa. Cuando yo terminaba una narración o una explicación, ella inventaba otra pregunta u otro tema, y yo volvía a tomar la palabra. De vez en cuando me reprendía: —Más bajo, más bajo... Hubo también algunas pausas. Dos o tres veces me pareció que la veía dormir; pero los ojos, cerrados por un instante, se abrían en seguida, sin sueño ni fatiga, como si apenas los hubiese cerrado para ver mejor. En una de esas veces creo que me sorprendió absorto en su persona, y recuerdo que volvió a cerrarlos, no sé si de prisa o lentamente. Hay impresiones de esa noche que se me aparecen truncadas o confusas. Me contradigo, me enredo. Una de las que aún tengo frescas es que, en cierto momento, ella, que era apenas simpática, se volvió linda, se volvió lindísima. Estaba de pie con los brazos cruzados; yo, por respeto, quise levantarme; ella no me lo permitió, puso una de sus manos en mi hombro, y me obligó a permanecer sentado. Pensé que iba a decir algo; pero se estremeció, como si sintiese una corriente de frío, se volvió de espaldas y fue a sentarse en la silla donde me había encontrado leyendo. Desde allí dejó vagar la mirada por el espejo, que estaba encima del canapé, y me habló de dos grabados que colgaban de la pared. —Estos cuadros se están poniendo viejos. Ya le pedí a Chiquinho que compre otros. Chiquinho era el marido. Los cuadros reflejaban el interés primordial de su dueño. Uno representaba a Cleopatra; no recuerdo el tema del otro, pero era también un cromo con mujeres. Vulgares ambos; pero en aquella época no me parecían feos. —Son bonitos —dije. —Bonitos son; pero están en mal estado. Y además, francamente yo preferiría dos imágenes, dos santos. Estos están más apropiados para un cuarto de muchacho o una barbería. —¿Barbería? No creo que usted haya estado en ninguna... —Pero me imagino que los clientes, mientras esperan, hablan de muchachas y de noviazgos, y naturalmente el dueño del local les alegra la vista con figuras bonitas. En cambio para una casa de familia no me parecen apropiadas. Por lo menos es mi opinión; pero yo pienso muchas cosas, así, un poquito raras. Sea como sea, no me gustan esos cuadros. Yo tengo una Nuestra Señora de la Concepción, mi madrina, muy bonita; pero es una estatua, no se puede colgar en la pared, ni yo lo desearía. Está en mi oratorio. La idea del oratorio me trajo la de la misa, me hizo acordar que podía ser tarde, y quise decirlo. Creo que llegué a abrir la boca pero volví a cerrarla para oír lo que ella contaba, con dulzura, con gracia, con tal suavidad que llenaba mi alma de pereza y me hacía olvidar la misa y la iglesia. Hablaba de sus devociones de niñez y juventud. Luego refirió unas anécdotas de bailes, unas historias de paseos, reminiscencias de Paquetá, todo mezclado,

casi sin interrupción. Cuando se cansó del pasado, habló del presente, de los asuntos de la casa, de las fatigas del trabajo hogareño, que le habían asegurado antes de casarse que eran muchas, pero que no eran nada. No me contó, pero yo sabía que se había casado a los veintisiete años. Ahora ya no cambiaba de sitio, como al principio, y casi no cambiaba de posición. No se le cerraban ya los ojos, y se puso a mirar distraídamente las paredes.

CARTOMANCIA

Dice Hamlet a Horacio que hay más cosas en la tierra y en el cielo de las que podemos adivinar. Eso mismo le decía la bella Rita al joven Camilo un viernes de noviembre de 1869, cuando él se burlaba de ella por haber ido el día anterior a consultar una cartomántica. —Ríete si quieres. Los hombres son así, no creen en nada. Pues te diré que fui a verla y antes de que alcanzara a abrir siquiera la boca, ya había adivinado el motivo de mi visita. Tan pronto empezó a poner las cartas en la mesa, me dijo: “usted está enamorada de un hombre...” Asentí, y ella siguió colocando las figuras hasta que me declaró al fin que yo tenía miedo de que tú me olvidases, pero que estaba equivocada... — Era ella la equivocada —interrumpió Camilo riendo. —No hables así, Camilo. ¡Si supieras cuánto he sufrido por tu causa en estos días! Ahora lo sabes, porque acabo de decírtelo. No te rías de mí, por favor. Camilo la cogió de las manos, y la miró a los ojos con gravedad; le aseguró que la quería mucho y que sus temores eran infundados. Si se empeñaba en esos temores, sólo tenía que decírselos y él mismo la consolaría; después la riñó por la imprudencia de haber visitado a aquella hechicera. Si Villela se enterase... — ¡Oh, no! —dijo Rita—; tomé todas las precauciones para que nadie me viera. —¿Dónde vive la bruja? —Muy cerca de aquí, en la Calle de la Guardia Vieja; estaba desierta en ese momento. Tranquilízate, que yo sé hacer bien las cosas. Camilo se echó a reír de nuevo.

—¿Pero de verdad crees en eso? —preguntó. Y fue en ese momento cuando, traduciendo a Hamlet, sin conocerlo, a su prosa cotidiana, Rita respondió que había en este mundo muchas cosas misteriosas. Si él no creía en ellas, era asunto suyo. Lo único cierto era que la cartomántica lo había adivinado todo. Prueba de ello era la tranquilidad que ahora sentía. Rita pensó que el joven iba a decir algo; pero Camilo calló, para no desilusionarla. Además, en su niñez, y aún mucho después, había sido presa de un cúmulo de supersticiones y creencias aprendidas de su madre que sólo a la altura de sus veinte años había logrado abandonar. El día que se despojó de toda aquella maleza parasitaria, dejando apenas el tronco desnudo de la religión, el joven envolvió en una negación total las viejas enseñanzas de su madre. Camilo no creía en nada de aquello. ¿Por qué? Él mismo no sabría decirlo, pues carecía de razones de fondo; negaba porque sí, y aun esta frase es incorrecta: porque negar supone una afirmación, y Camilo no afirmaba cosa alguna; se limitaba a encogerse de hombros ante lo misterioso y a vivir su vida. Ambos se separaron contentos, sobre todo él; Rita estaba segura de su amor. Y Camilo no sólo lo sabía, sino que la veía temblar ante la idea de que él la abandonara, arriesgarse por su culpa y hasta correr en busca de adivinas; y si bien insistía en censurarla, no dejaba de

sentirse halagado. La casa donde los dos amantes se encontraban quedaba en la antigua Calle de Los Barbonos, y en ella vivía una mujer del mismo pueblo de Rita. Bajó ésta por la Calle de Las Mangueiras, en dirección a su casa en Botafogo. Camilo enrumbó por la Guardia Vieja y al pasar echó una ojeada a la casa de la adivinadora. Villela, Camilo y Rita. Tres nombres, una aventura y ninguna explicación previa; es hora de que la demos. Los dos primeros eran amigos desde la infancia. Villela estudió derecho; Camilo eligió la burocracia, contra los deseos de su padre, que quería verlo médico. Pero el padre murió y Camilo anduvo de un lado para otro, sin hacer nada, hasta que su madre logró conseguirle un empleo oficial. A principios de 1869 retornó Villela de provincias, donde se hallaba, casado con una joven muy hermosa y algo frívola; abandonó la magistratura y montó su propio bufete de abogado. Camilo le consiguió casa en la zona de Botafogo y fue a recibirlo al puerto. —Mucho gusto en conocerle —dijo Rita estrechándole la mano—. No sabe usted cuánto lo aprecia mi marido. Todo el tiempo tiene su nombre en los labios. Camilo y Villela se miraron con afecto; eran de verdad muy amigos. Luego Camilo se dijo para sus adentros que la mujer de Villela no desmentía en nada lo que éste le había dicho por carta. Era realmente bonita y vivaz, con grandes ojos que brillaban y una boca fina y tentadora. Era un poco mayor que ellos; pasaba la treintena, mientras que Villela contaba a lo más veintinueve, y Camilo veintiséis. Pero el grave porte de Villela lo hacía parecer de más edad que ella; por lo que dice a Camilo, era un ingenuo en la parte moral y en la práctica. Le faltaba la huella que deja el tiempo, y hasta esos anteojos de grueso vidrio con que la naturaleza de algunos se anticipa a los años; ni experiencia, ni intuición, empezaron a verse con frecuencia, y con la asiduidad del trato pronto fueron los tres íntimos amigos. Al poco tiempo murió la madre de Camilo, y en aquellos momentos amargos —que en verdad lo fueron—, Villela se hizo cargo del entierro, las misas y el testamento, y la otra se dedicó a aliviar el corazón del joven, cosa que hacía con admirable acierto. Nunca supo Camilo cómo llegaron a enamorarse. Es verdad que le complacía pasar las horas a su lado, era su enfermera moral, casi una hermana; pero también, y ante todo, era mujer, y bonita. El odor di femina era lo que él aspiraba a su lado, impregnándole los sentidos. Se sentaban a leer en voz alta, iban juntos al teatro y al parque. Camilo le enseñó a jugar a las damas y al ajedrez, y sostenían largas partidas por las noches, sin mucho acierto ella, él un poco mejor y por complacerla. Esto en cuanto al ambiente. En cuanto a lo personal, estaban los insistentes ojos de Rita, a cada paso buscando los suyos, consultándole antes que al marido todos sus problemas; y las manos heladas, las actitudes imprevistas... El día en que Camilo cumplió años recibió de Villela un hermoso bastón; Rita en cambio le envió una simple tarjeta. Las palabras eran triviales, pero hay trivialidades sublimes o por lo menos deliciosas. El coche destartalado donde por la primera vez paseamos, corridos los visillos, con la mujer amada, vale tanto o más que la carroza de Apolo. Así son los hombres y las cosas que los rodean. Camilo intentó de corazón evitar aquel amor; pero le resultó ya imposible. Rita se llegó a él como una serpiente, se enroscó a su cuerpo, hizo crujir sus huesos en un estremecimiento y,

gota a gota, vertió en su boca el veneno prohibido. Él quedó rendido y sumido en la incertidumbre. Indecisión, remordimiento, temores y deseos: todo eso llegó a él al mismo tiempo. Pero la batalla fue breve, y la victoria apasionada. ¡Adiós escrúpulos! No tardó la sandalia en ajustarse al pie, y ambos emprendieron el camino, unidas las manos y rozando apenas los céspedes y los guijarros, sin tiempo para sentir otra cosa distinta a la nostalgia que sufrían cuando estaban separados. Villela siguió profesando a ambos la misma estimación y confianza; pero cierto día recibió Camilo un anónimo, en el que se le tachaba de disoluto y pérfido y le anunciaban que ya todo el mundo estaba al tanto de aquella aventura. Camilo se asustó mucho y, para desvanecer las sospechas, empezó a espaciar sus visitas a la casa de Villela; ante el reproche de éste, Camilo se excusó pretextando un amorío propio de su edad. Su ingenuidad se convirtió en astucia; cada vez fue espaciando más los intervalos entre visita y visita, y al final cesó de hacerlas por completo. Quizá influyó en esto el amor propio y el afán de esquivar las amabilidades del marido, al fin de olvidar la negrura de su conducta. Fue por esos días que Rita, recelosa y asustada, fue a visitar a la cartomántica para consultarle sobre la causa de la conducta de Camilo. Ya sabemos que aquélla le devolvió la confianza en el amor del joven, y que éste le censuró la visita. Corrieron las semanas y Camilo recibió dos o tres anónimos más, escritos con una pasión que hacía descartar la hipótesis de alguna advertencia moralizadora, dejando traslucir más bien el despecho secreto de algún rival. Tal fue la opinión de Rita al saberlo, pues formuló, con palabras menos airoas, este aforismo: —La virtud es perezosa y avara, no gasta tiempo ni papel. Sólo el propio interés es activo y pródigo. No consiguió tranquilizar con esto a Camilo; temía el joven que el autor de los anónimos los hiciese llegar también a Villela, pues en ese caso la catástrofe sería inevitable. También Rita concordaba con ello. —Está bien —dijo—, me llevaré los sobres, para confrontar la letra con la de las cartas que él reciba. Si advierto una con igual letra, la retiro y la destruyo. No llegó ninguna. Pero, al poco tiempo, empezó a notarse en Villela un aire triste y taciturno, como si desconfiara de algo. Rita se dio prisa en contárselo a su amante, y ambos deliberaron sobre el asunto; Rita pensaba que Camilo debía reiniciar sus visitas, a ver si el marido le confiaba alguna cosa. Camilo opinaba de otro modo; volver a visitar la casa después de tantos meses equivalía a confirmar las sospechas. Era preferible andar con cautela y dejar de verse por algunas semanas. Acordaron la manera de escribirse en caso de urgencia, y se separaron llorando sin consuelo. Al día siguiente, hallándose Camilo en el Ministerio, recibió la siguiente nota, firmada por su amigo: “Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible”. Era mediodía. Camilo se dirigió hacia allí de inmediato; ya en la calle, pensó que habría sido más lógico que Villela le hubiese citado en su bufete, y no en su casa. ¿Por qué había preferido ésta última? No era normal; y la letra, con razón o sin ella, le pareció insegura, como trazada por una mano temblorosa. ¿Habría alguna conexión entre aquello y lo que Rita le había contado el día anterior? “Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible”, repetía Camilo con los ojos fijos en el papel. En su imaginación vio asomar el

raballo de un drama: Rita, de rodillas, sollozante; Villela, colérico, escribiendo la nota, seguro de que iría aguardándole para matarla en su presencia. Camilo se echó a temblar; tenía miedo; luego se rió con una risa falsa; en el fondo, no aceptaba la idea de echar paso atrás. Siguió pues su marcha; pero en el trayecto se le vino la idea de pasar antes por su casa. Tal vez le estaría esperando allí alguna comunicación de Rita que pudiese darle la clave del misterio. No encontró nada. Descendió de nuevo las escaleras, mientras la idea de que Villela lo hubiese descubierto todo se le antojaba cada vez más posible. Era apenas natural que el autor de aquellos anónimos los hubiese escrito también al marido. Era muy probable que Villela estuviese enterado de todo. El solo hecho de que él no hubiese vuelto por su casa, sin razón aparente y con tan pobres excusas, sería suficiente para confirmar sus sospechas. Camilo caminaba inquieto y nervioso; no releía ya la carta del amigo, pero las palabras, que se sabía de memoria, no se le apartaban de la vista, cuando no se las soplaba al oído —y eso era aún peor— la propia voz de Villela: “Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible”. Y así, pronunciadas por la voz del otro, adquirirían aquellas palabras un tono de misterio y amenaza. “Ven inmediatamente a casa”. ¿Por qué? Era cerca de la una. Su inquietud crecía por momentos; imaginó tantas veces lo que podría ocurrir, que concluyó dándolo por hecho. No cabía duda de que estaba atemorizado; analizó la posibilidad de llevar un arma, pues nada perdería con esa útil precaución, aun en caso de que se engañase; pero al instante rechazó la idea, disgustado consigo mismo y, apurando la marcha, se dirigió a la plaza de la Carioca, con el fin de tomar allí un coche de punto. Se acomodó en uno, y el jamelgo arrancó al trote largo, apurado por el cochero, al que Camilo ordenó que se diera prisa. —Mientras más pronto, mejor —pensó—. No puedo continuar en esta ansiedad. El paso trotón del caballo aumentaba su inquietud; el tiempo corría; un momento más y se vería cara a cara con el peligro. Casi al final de la Guardia Vieja, el coche debió detenerse, pues un carro volcado obstruía el tránsito. Camilo esperó, alegrándose en su interior por aquella pausa inesperada. Al cabo de unos minutos advirtió que se hallaba casi en frente de la casa de la adivina; el joven anheló en ese momento que la profecía resultase verdadera. Miró hacia la casa, que daba hacia la derecha; todos los balcones estaban cerrados, en contraste con los de las fachadas vecinas, por donde asomaban caras curiosas atentas a los sucesos de la calle. Se diría que aquella casa hermética era la mansión del impasible destino. Camilo se hundió en su asiento para no mirar. Su emoción aumentaba; desde el fondo de su conciencia surgían viejos fantasmas, antiguas creencias, olvidadas supersticiones. Propuso al cochero devolverse y tomar otra ruta. Respondió éste que no, que esperarían. El joven se asomó entonces a la ventanilla y contempló la casa de la adivina; hizo un gesto de incredulidad. De atrás, desde muy lejos, como en un aleteo de anchas alas oscuras, le llegaba a la mente la idea de consultar a la mujer de las cartas. Desapareció la idea, parpadeó de nuevo y se marchó otra vez de su pensamiento; pero al cabo de un rato volvió a aletear, cada vez más cerca, trazando círculos concéntricos... Ya los transeúntes gritaban, poniendo en marcha el carro varado: —¡Arre, arre! ¡Ya, vamos! Otro instante y

quedaría libre la calle. Camilo cerraba los ojos y trataba de pensar en otra cosa. Pero la voz del esposo le murmuraba insistentemente las palabras de la carta: “Ven inmediatamente a mi casa; necesito hablarte lo más pronto posible...” Y se imaginaba, temblando, el desenlace del drama. Miraba la casa de la hechicera; sus piernas parecían querer apearse del coche, y entrar... Un velo espeso le nubló los ojos... Pensó de pronto en el misterio que rodea las cosas de este mundo. Oía la voz de su madre narrándole sucesos inexplicables, y la frase del príncipe de Dinamarca le rondaba el cerebro: “Hay más cosas en la tierra y en el cielo de las que podemos adivinar”. ¿Y después, qué podía perder si...? De pronto, y sin saber cómo, se vio en la acera al frente de la puerta. Pidió al cochero que esperara; entró en el zaguán y empezó a subir las escaleras... Estaban éstas en la penumbra, y sus pies tropezaban en los gastados peldaños; pero él no se percataba de nada. Llegó arriba y llamó; nadie acudió a su llamado, y Camilo sintió deseos de devolverse. Era ya tarde: la curiosidad lo llenaba de inquietud; le latían las sienes. Llamó de nuevo, una, dos, tres veces. Abrió por fin una mujer; era la cartomántica. Camilo dijo que quería hacerle una consulta, y ella lo hizo pasar. Subieron hasta el desván, por una escalera más estrecha y oscura que la anterior. Arriba había un cuarto pequeño, escasamente iluminado por una ventanita que daba al tejado vecino. Unos muebles viejos y raídos, unas paredes sucias y un ambiente de pobreza que no sólo no afectaba el misterio del sitio, sino que ayudaba a acentuarlo. Pidió la bruja a Camilo que se sentara frente a una mesa; ella tomó asiento al otro lado, de espaldas a la ventana, de tal modo que la escasa luz que por allí se filtraba daba de lleno en el rostro del joven. Abrió una gaveta y sacó de allí una baraja muy gastada y sucia; mientras barajaba los naipes miraba de soslayo el rostro de su cliente. Era una mujer de unos cuarenta años, italiana, flaca y morena, con un par de ojos oscuros y penetrantes. —Averigüemos en primer lugar el motivo de su visita; usted acaba de pasar un gran susto... Camilo, asombrado, hizo un gesto de afirmación. —Y desea usted saber —continuó la italiana— si le amenaza algún peligro... —A mí, o a ella —replicó de inmediato Camilo. Con rostro inexpresivo, la cartomántica le dijo que aguardase un momento. Volvió a barajar las cartas con sus dedos largos y finos. Barajó y volvió a hacerlo, y cortó luego una, dos, tres veces. Después descubrió las cartas. Camilo no le apartaba los ojos, ávidos de curiosidad e inquietud. — Las cartas dicen... Camilo se inclinó sobre la mesa, pendiente de las palabras de la adivina. Ella le dijo que no tenía por qué temer; que ni a él ni a ella habría de sucederles nada malo. El otro no estaba enterado de nada, aunque era necesario que obrasen con cautela; la envidia y el despecho tejían en la sombra una red para atraparlos. La bruja siguió hablándole del amor que los unía, de la hermosura de Rita... Camilo se sentía en el quinto cielo. La Cartomántica calló al fin, guardó los naipes y cerró la gaveta. —¡Ah, Señora! ¡Me devuelve usted el sosiego! —exclamó el joven, tendiendo el brazo por encima de la mesa y estrechándole la mano. La mujer se puso de pie, sonriendo. —Vaya usted tranquilo —dijo—. Ragazzo innamorato... Y parada a su lado, le tocó la frente con el índice. Camilo se estremeció, como si hubiese sentido el contacto de la Sibila, y se puso a

su vez de pie. Sobre un aparador había un plato con varios racimos de pasas. Cogió uno la adivina, y empezó a morder las frutas, descubriendo dos hileras de dientes blanquísimos; hasta en una tarea tan rutinaria dejaba traslucir un aire de misterio. Camilo no veía la hora de marcharse; pero no sabía cómo pagarle la consulta, pues no tenía la menor idea del manejo de aquellos asuntos. —Estas pasas son caras —dijo al fin; y sacando su cartera, preguntó—: ¿Cuántas piensa usted encargar? —Pregunte usted a su corazón —respondió ella. Tomó Camilo un billete de diez mil reis, y se lo entregó. Los ojos de la cartomántica brillaron; dos mil reis era el precio normal de una consulta. —Bien se aprecia cuánto la ama —dijo— Y hace usted bien. Ella le corresponde... ¡Váyase pues tranquilo! Cuidado con las escaleras, que están oscuras; no olvide su sombrero. Se había guardado el billete y lo acompañaba a bajar, hablándole con su ligero acento italiano. Camilo se despidió de ella en la planta baja y descendió los peldaños que llevaban a la calle, mientras la adivina, muy satisfecha por la transacción, volvía a subir canturreando una barcarola. Camilo montó en el coche; la calle estaba ya libre y el caballo arrancó a buen paso. Todo parecía sonreír ahora; las cosas tomaban otro aspecto; el cielo era claro, los transeúntes alegres. Camilo se reía de sus pasados temores, que le parecían ahora pueriles. Recordó los términos de la carta de Villela, y debió reconocer que eran íntimos y familiares. ¿Cómo podía ser que le hubieran parecido amenazantes? También recordó que eran urgentes: acaso había obrado mal demorándose tanto en acudir. Tal vez se trataba de un asunto grave, muy grave. — ¡Dese prisa, por favor! —repetía al cochero. Y se afanaba por encontrar una excusa que justificase su tardanza. Se puso a pensar después en aprovechar la lección y reanudar sus visitas a la casa. Le volvían a la memoria las palabras de la cartomántica. No cabía la menor duda de que ella había adivinado el motivo de su visita, la situación en que se hallaba y la presencia de un tercero. ¿Cómo dudar entonces de sus predicciones? Si había visto un presente que ignoraba, de igual modo debía confiarse en su visión del porvenir. Y por estos caminos, lentos y seguros, volvían a la superficie de su alma las antiguas creencias de la niñez y se sentía de nuevo aprisionado por la garra del misterio. A ratos trataba de alejar aquellas ideas, y reía de sí mismo con un poco de vergüenza. Pero la hechicera, las cartas, la seguridad de sus palabras, aquel último consejo de “Vaya usted tranquilo, ragazzo innamorato”... y hasta la barcarola de despedida, lenta y cadenciosa... todo esto eran experiencias recién sucedidas que, al lado de las antiguas, contribuían a afirmar una fe nueva y vigorosa. A decir verdad, sentía el corazón henchido de brío e impaciencia; pensaba en la felicidad de antes y en la que le reservaba el porvenir. Al pasar por el puerto contempló el mar, dejando vagar la mirada hasta el confín en donde agua y cielo se dan un beso infinito; y tuvo la viva sensación de un porvenir largo, larguísimo, interminable. Un momento después llegaba frente a la casa de Villela. Se apeó, empujó la verja del jardín y entró. No se escuchaba en la casa el más leve rumor. Subió los seis peldaños de la escalinata, y llamó con los nudillos en la puerta principal; ésta se abrió al punto, dejando aparecer apenas en el vano a Villela. —¡Perdóname, hombre, no pude venir antes! ¿Qué sucede? Villela no respondió. Tenía una expresión descompuesta en el

rostro. Con un gesto lo invitó a pasar al gabinete. Camilo entró, y al instante lanzó un grito de terror: en el fondo del aposento, tendida en un canapé, yacía Rita, ensangrentada y sin vida. Lo aferró Villela por el cuello, y de dos tiros de revólver lo dejó muerto en el suelo.

LA CAUSA SECRETA

García, de pie, miraba y hacía crujir sus dedos; Fortunato, en la mecedora, miraba el techo; María Luisa, junto a la ventana, concluía un trabajo de aguja. Hacía cinco minutos que ninguno de ellos decía nada. Habían hablado del día, que fue excelente, de Catumbi, donde residía el matrimonio Fortunato, y de un sanatorio sobre el que ya volveremos. Como los tres personajes allí presentes están ahora muertos y enterrados, ya es tiempo de contar la historia sin remilgos. Habían hablado también de otra cosa, además de aquellas tres, cosa tan fea y grave, que no les dejó muchas ganas de charlar sobre el día, el barrio y el sanatorio. Toda la conversación a ese respecto fue tensa. Ahora mismo, los dedos de María Luisa se ven temblorosos, mientras que en el rostro de García hay una expresión de severidad, que no es habitual en él. En verdad, lo que ocurrió fue de tal naturaleza, que para hacerlo comprensible es preciso remontarse al origen de la situación. García se había doctorado en medicina, el año anterior, 1861. En 1860, estando aún en la facultad, se encontró con Fortunato por primera vez, en la puerta de la Santa Casa; entraba cuando el otro salía. Le impresionó la figura; pero aun así la habría olvidado de no haberse producido un segundo encuentro, pocos días después. Vivía en Rua de Dom Manuel. Una de sus escasas distracciones consistía en ir al Teatro de São Januário, que quedaba cerca, entre esa calle y la playa; iba una o dos veces por mes, y nunca encontraba más de cuarenta personas. Sólo los más intrépidos osaban extender sus pasos hasta aquel rincón de la ciudad. Una noche, estando ya acomodado en su butaca, apareció allí Fortunato y se sentó junto a él. La pieza era un dramón, cosido a cuchilladas, erizado de imprecaciones y remordimientos; pero Fortunato lo escuchaba con singular interés. En las escenas dolorosas, su atención se redoblaba, sus ojos iban ávidamente de un personaje a otro, a tal punto que el estudiante sospechó que en la pieza había reminiscencias personales del vecino. A continuación del drama, venía una farsa; pero Fortunato no esperó por ella y salió; García salió tras él. Fortunato fue por el Beco do Cotovelo, Rua de São José, hasta el Largo da Carioca. Iba despacio, cabizbajo, deteniéndose a veces, para descargar un bastonazo en algún perro que dormía; el perro se quedaba aullando y él proseguía su camino. En el Largo da Carioca subió a un tílburí, y se fue hacia los lados de la Praça da Constituição. García regresó a su casa sin saber nada más. Pasaron algunas semanas. Una noche, a las nueve, estaba en su habitación cuando oyó rumor de voces en la escalera; bajó en seguida de la buhardilla donde vivía, al primer piso, donde residía un funcionario del arsenal de guerra. Algunos hombres lo conducían, escaleras arriba, ensangrentado. El negro que lo servía acudió a abrir la puerta; el hombre gemía, las voces eran confusas, la luz escasa. Una vez que lo acostaron en la cama, García dijo que era necesario llamar a un

médico. -Ahí viene uno -dijo alguien. García miró al recién llegado: era el mismo hombre de la Santa Casa y del teatro. Supuso que sería pariente o amigo del herido; pero rechazó la suposición, cuando oyó que le preguntaba si tenía familiares o algún allegado. El negro le dijo que no, y él asumió la responsabilidad de la atención, les pidió a las personas extrañas que se retirasen, dio una propina a quienes cargaron con el herido, y formuló las primeras órdenes. Sabiendo que García era vecino y estudiante de medicina, le pidió que se quedara para ayudar al médico. En seguida le contó lo que había pasado. -Fue una pandilla de ladrones. Yo venía del cuartel de Moura, adonde fui a visitar a un primo, cuando oí un tumulto muy grande, y de inmediato vi una aglomeración. Parece que ellos hirieron también a un sujeto que pasaba por allí, y que se metió por uno de aquellos callejones; pero yo sólo vi a este señor, que había cruzado la calle en el momento en que uno de los ladrones, abalanzándose sobre él, le hundió el puñal. No cayó enseguida; alcanzó a decir dónde vivía, y como era a dos pasos, me pareció mejor traerlo. -¿Usted ya lo conocía? -preguntó García. -No, nunca lo vi. ¿Quién es? -Es un buen hombre, funcionario del arsenal de guerra. Se llama Gouveia. -No sé quién es. Un médico y un subcomisario de la policía llegaron poco después; se hizo la curación y se tomaron las declaraciones. El desconocido dijo llamarse Fortunato Gomes da Silveira, vivir en la capital, ser soltero y residente en Catumbi. La herida fue diagnosticada como grave. Durante la curación, auxiliado por el estudiante, Fortunato actuó como ayudante, sosteniendo la palangana, la vela, las vendas, sin inmiscuirse en nada, mirando fríamente al herido que gemía mucho. Por fin habló en un aparte con el médico, lo acompañó hasta el rellano de la escalera, y le reiteró al subcomisario que podía contar con él cuando lo deseara para las investigaciones policiales. Los dos se fueron; el estudiante y él permanecieron en la habitación. García estaba atónito. Lo miró, lo vio sentarse tranquilamente, estirar las piernas, hundir las manos en los bolsillos, y fijar la mirada en el herido. Los ojos eran claros, color de plomo, se movían despacio, y tenían una expresión dura, seca y fría. Cara delgada y pálida; un hilo de barba que pasaba por debajo del mentón, y se extendía de una sien a otra, corto y rojizo. Tenía cuarenta años. De vez en cuando se volvía hacia el estudiante, y le preguntaba una que otra cosa acerca del herido; pero en seguida apartaba la mirada, mientras el muchacho le daba la respuesta. La sensación que tenía el estudiante era de repulsión al mismo tiempo que de curiosidad; no podía negar que estaba presenciando un acto de rara dedicación, y si era desinteresado como parecía, no había otra cosa que hacer que aceptar que el corazón humano era un pozo de misterios. Fortunato salió poco antes de una hora; volvió en los días siguientes, pero el restablecimiento se produjo rápidamente y, antes de que concluyese, desapareció sin decirle al convaleciente dónde vivía. Fue el estudiante quien le dio las indicaciones del nombre, calle y número. -Voy a agradecerle la ayuda que me dio, apenas pueda salir -dijo el convaleciente. Corrió a Catumbi seis días después. Fortunato lo recibió contrariado, oyó impaciente las palabras de agradecimiento, le dio una respuesta tediosa y terminó golpeando los faldones del saco en las rodillas. Gouveia, frente a él, sentado y callado,

alisaba su sombrero con los dedos, levantando los ojos de vez en cuando, sin encontrar nada que decir. Al cabo de diez minutos se disculpó y se fue. -¡Cuidado con los ladrones! - le dijo el dueño de casa, riéndose. El pobre diablo salió de allí mortificado, humillado, tragando con dificultad el desdén, forcejeando para olvidarlo, explicarlo o perdonarlo; el esfuerzo era vano. El resentimiento, huésped nuevo y exclusivo, entró y expulsó la gratitud, de modo que la desgraciada no tuvo más que trepar hasta la cabeza y refugiarse allí como una simple idea. Así fue como el propio benefactor inoculó en este hombre el sentimiento de la desconsideración. Todo eso asombró a García. Este muchacho poseía, en germen, la facultad de descifrar a los hombres, de descomponer los caracteres, tenía la pasión del análisis, y sentía el don, que decía ser supremo, de penetrar muchas capas morales, hasta palpar el secreto de un organismo. Acicateado por la curiosidad sintió deseos de ir a ver al hombre de Catumbi, pero advirtió que no había recibido de él el ofrecimiento formal de su casa. Cuando menos, necesitaba un pretexto, y no encontró ninguno. Tiempo después, ya recibido, y viviendo en la Rua de Mata-Cavalos, cerca de la del Conde, se encontró con Fortunato en una góndola, la casualidad volvió a reunirlos después otras veces, y la frecuencia trajo la familiaridad. Un día Fortunato lo invitó a visitarlo allí cerca, en Catumbi. -¿Sabe que estoy casado? -No lo sabía. -Me casé hace cuatro meses, podría decir cuatro días. Venga a cenar con nosotros el domingo. García fue allí el domingo. Fortunato le ofreció una buena cena, buenos cigarros y buena charla, en compañía de su señora, que era interesante. Su figura o su aspecto no habían cambiado; los ojos eran las mismas planchas de estaño, duras y frías; las otras facciones no eran más atractivas que antes. Las atenciones, empero, si bien no contrarrestaban la naturaleza, ofrecían alguna compensación, y no era poca. María Luisa, en cambio, tenía ambos atractivos, personalidad y modales. Era esbelta, graciosa, ojos tiernos y sumisos; tenía veinticinco años pero no aparentaba más de diecinueve. Cuando allí volvió por segunda vez, García advirtió que entre ellos había alguna disonancia de carácter, poca o ninguna afinidad moral, y por parte de la mujer hacia su marido ciertas actitudes que trascendían el respeto y confinaban en la resignación y el temor. Un día, estando los tres juntos, García le preguntó a María Luisa si estaba enterada de las circunstancias en que él había conocido a su marido. -No -respondió la muchacha. -Va a escuchar algo digno de admiración. -No vale la pena -interrumpió Fortunato. -Usted decidirá si vale la pena o no -insistió el médico. Le contó el episodio de la Rua de Dom Manuel. La muchacha lo escuchó sorprendida. Insensiblemente extendió la mano y apretó la muñeca de su marido, risueña y agradecida, como si acabase de descubrirle el corazón. Fortunato se encogía de hombros, pero no escuchaba con indiferencia. Por último, él mismo narró la visita que el herido le había hecho, con todos los pormenores de la figura, los gestos, las palabras contenidas, los silencios, en suma, algo desopilante. Y reía mucho al contarla. No era la risa de la simulación. La simulación es evasiva y oblicua; su risa era jovial y franca. “¡Hombre singular!”, pensó García. María Luisa se sintió desconsolada por la burla del marido: pero el médico le restituyó la satisfacción anterior, volviendo a destacar la

dedicación de Fortunato y sus excepcionales cualidades de enfermero; tan buen enfermero, concluyó él, que si algún día llego a abrir un sanatorio, lo invitaré a trabajar en él. -¿En serio? -preguntó Fortunato. -¿En serio qué? -¿Que piensa abrir un sanatorio? - No, estaba bromeando. -Sin embargo no es tan descabellado; y para usted, que se inicia en la clínica, sería algo realmente bueno. Tengo justamente una casa para renta que va a quedar desocupada, y sirve. García rechazó la propuesta ese día y el siguiente; pero el proyecto se le había metido al otro en la cabeza, y ya no fue posible seguir negándose. En realidad, era un buen comienzo para él, y podría llegar a ser un buen negocio para ambos. Aceptó finalmente, días más tarde, y fue una desilusión para María Luisa. Criatura nerviosa y frágil, padecía con la sola idea de que su marido tuviese que vivir en contacto con enfermedades humanas, pero no se atrevió a oponérsele, e inclinó la cabeza. El plan fue trazado y se llevó a cabo rápidamente. Inaugurado el sanatorio, Fortunato pasó a ocuparse de la administración y de la supervisión de los enfermeros; examinaba todo, ordenaba todo, compras y caldos, drogas y cuentas. García pudo entonces verificar que la atención al herido de la Rua de Dom Manuel no era un caso fortuito, sino que se asentaba en la naturaleza de aquel hombre. Lo veía trabajar como a ninguno de sus empleados. No retrocedía ante nada, no había enfermedad que lo hiciera sufrir o ante la que retrocediera, y estaba siempre listo para todo, a cualquier hora del día o de la noche. Todo el mundo lo admiraba y aplaudía. Fortunato estudiaba, acompañaba en las operaciones, y no había nadie como él para cuidar los cáusticos. -Tengo mucha fe en los cáusticos -decía él. La comunión de intereses estrechó los lazos de la amistad. García fue a partir de entonces una presencia familiar en la casa; allí cenaba casi todos los días, allí observaba la persona y la vida de María Luisa, cuya soledad moral era evidente. Y la soledad parecía duplicar su encanto. García empezó a sentir que algo lo agitaba cuando ella aparecía, cuando hablaba, cuando trabajaba callada, junto a un ángulo de la ventana, o tocaba en el piano sus melodías tristes. Lentamente, el amor fue ganando su corazón. Cuando advirtió su presencia, quiso expulsarlo, para que entre Fortunato y él no existiera otro vínculo que el de la amistad; pero no pudo. Lo único que logró fue encerrarlo; María Luisa comprendió ambas cosas, el afecto y el silenciamiento, pero no se dio por enterada. A principios de octubre ocurrió un incidente que aclaró aún más, ante los ojos del médico, la situación de la muchacha. Fortunato había empezado a estudiar anatomía y fisiología, y se dedicaba en sus horas libres a envenenar y despanzurrar perros y gatos. Como los gemidos de los animales aturdían a los enfermos, trasladó el laboratorio a su casa, y la mujer, nerviosa como era, tuvo que sufrirlos. Pero un día, no soportando más, fue a hablar con el médico y le pidió que, como cosa suya, él le sugiriese al marido que pusiera término a tales experiencias... -Pero usted misma... María Luisa lo interrumpió sonriendo: -Si yo se lo digo, él argumentará que es un pedido infantil de mi parte. Lo que yo quería es que usted, como médico, le dijese que eso me hace mal; y créame que es así... García, prestamente, le hizo saber al otro que era conveniente que terminase con todas aquellas experiencias. Si fue a hacerlas a otra parte, nadie lo supo, pero bien pudiera ser. María Luisa agradeció al

médico, tanto por ella como por los animales, cuyos padecimientos no podía tolerar. Tosía de vez en cuando; García le preguntó si sentía algún malestar, ella respondió que no. - Permítame que le tome el pulso. -No tengo nada. No dejó que le tomara el pulso, y se retiró. García se sintió aprensivo. Pensaba, por el contrario, que algo le ocurría y que era preciso observarla y avisar a su marido en el momento oportuno. Dos días después - exactamente el día en que los vemos ahora-, García fue allí a cenar. En el comedor le informaron que Fortunato estaba en el laboratorio, y hacia allí se encaminó; estaba cerca de la puerta, cuando María Luisa la abrió y salió de adentro con la expresión demudada por la angustia. -¿Qué ocurre? -le preguntó. -¡El ratón! ¡El ratón! -exclamó la muchacha sofocada mientras se alejaba. García recordó que en la víspera había oído a Fortunato quejarse porque un ratón le había sustraído un papel importante; pero estaba lejos de sospechar que habría de encontrarse con lo que vio. Vio a Fortunato sentado ante la mesa que estaba en el centro del laboratorio, y sobre la cual había colocado un plato con alcohol. El líquido llameaba. Entre el pulgar y el índice de la mano izquierda sostenía un cordón, de cuya punta pendía el ratón atado de la cola. En la derecha tenía una tijera. En el momento en que García entró, Fortunato le cortaba al ratón una de las patas; en seguida bajó al infeliz hasta la llama, rápido, para no matarlo, y se dispuso a hacer lo mismo con la tercera pata, pues ya le había cortado la primera. García se detuvo horrorizado. -¡Mátalo en seguida! -le dijo. -Ya va. Y con una sonrisa única, reflejo de su alma satisfecha, algo que traducía la delicia íntima de las sensaciones supremas, Fortunato le cortó la tercera pata al ratón, y realizó por tercera vez el mismo movimiento de descenso hasta la llama. El miserable se retorció aullando, ensangrentado, chamuscado, y no terminaba de morir. García desvió la mirada, después la volvió nuevamente hacia la mesa, y extendió la mano para impedir que el suplicio continuara, pero no llegó a hacerlo, porque el diablo de aquel hombre imponía miedo, con toda aquella serenidad radiante de su fisonomía. Le faltaba cortar la última pata; Fortunato la cortó muy despacio, siguiendo con los ojos el movimiento de la tijera; la pata cayó, y él se quedó mirando al ratón medio cadáver. Al bajarlo por cuarta vez hasta la llama, aumentó la velocidad del gesto, para salvar, si podía, algunas hilachas de vida. García, ante él, lograba dominar la repugnancia del espectáculo empeñado en observar la cara del hombre. Ni rabia, ni odio; tan sólo un vasto placer apacible y profundo, como cualquier otro lo experimentaría oyendo una bella sonata o contemplando una estatua divina, algo parecido a la pura sensación estética. Le pareció, y era verdad, que Fortunato lo había olvidado completamente. Siendo así, no estaba fingiendo, y las cosas debían ser de ese modo, no más. La llama iba muriendo, no era posible que hubiese en el ratón un solo residuo de vida, sombra de una sombra como era; Fortunato aprovechó para cortar el hocico y bajar por última vez la carne hasta el fuego. Por fin, dejó caer el cadáver al plato, y apartó de sí toda aquella mezcla de carne chamuscada y sangre. Al incorporarse vio al médico y se sobresaltó. Entonces, se mostró enfurecido con el animal que le había comido el papel; pero la cólera evidentemente era fingida. “Castiga sin rabia”, pensó el médico,

“por la necesidad de encontrar una sensación de placer, que sólo el dolor ajeno le puede brindar: no es otro el secreto de este hombre.” Fortunato subrayó la importancia del papel, el trastorno que le ocasionaba su pérdida, el tiempo que le insumía rehabilitarse de su falta justamente ahora en que cada minuto era preciso. García se limitaba a oír, sin decir nada ni darle crédito. Recordaba sus actos, graves y leves; a todos les encontraba la misma explicación. Era el mismo cambio de teclas de la sensibilidad, un diletantismo sui generis, una reducción de Calígula. Cuando María Luisa volvió al laboratorio, poco después, el marido se le acercó riendo, la tomó de las manos y le habló tiernamente: - ¡Flojona! Y volviéndose hacia el médico: -¿Puedes creer que casi se desmayó? María Luisa se defendió diciendo que era muy nerviosa y que además era mujer, después fue a sentarse junto a la ventana con sus lanas y agujas, y los dedos todavía temblorosos, tal como la vimos al comienzo de esta historia. Recordarán ustedes que, después de haber hablado de otras cosas, los tres guardaron silencio, el marido sentado, con la mirada perdida en el techo, el médico haciendo crujir los huesos de sus dedos. Poco después fueron a cenar; pero la cena no fue alegre. María Luisa se mostraba ensimismada y tosía; el médico se preguntaba si ella no estaría expuesta a algún exceso en compañía de un hombre como aquél. Era, apenas, una posibilidad; pero el amor le transformó la conjetura en convicción; tembló pensando en ella y decidió vigilarlos. Ella tosía, tosía, y no transcurrió mucho tiempo sin que la molestia se quitara la máscara. Era la tisis, vieja dama insaciable, que chupa la vida entera, hasta reducirla a un montón de huesos. Fortunato recibió la noticia como un golpe; amaba de veras a su mujer, claro que a su manera; estaba acostumbrado a ella, le costaba perderla. No escatimó esfuerzos, médicos, remedios, cambios de aire, todos los recursos y todos los paliativos. Pero fue en vano. La enfermedad era mortal. En los últimos días, ante los tormentos supremos de la muchacha, la índole del marido subyugó cualquier otro afecto. No la volvió a dejar; fijó el ojo opaco y frío en aquella descomposición lenta y dolorosa de la vida, bebió una a una las aflicciones de la bella criatura, ahora delgada y transparente, devorada por la fiebre y minada por la muerte. Egoísmo desenfrenado, hambriento de sensaciones, no le perdonó un solo minuto de agonía, ni los pagó con una sola lágrima, pública o íntima. Sólo cuando ella expiró, él se sintió aturdido. Volviendo en sí, vio que otra vez estaba solo. De noche, habiéndose retirado a descansar una parienta de María Luisa, que le había ayudado a morir, quedaron en la sala de estar Fortunato y García, velando el cadáver, ambos sumidos en sus pensamientos; pero el marido estaba agotado y el médico le aconsejó que fuera a echarse unas horas. -Ve a descansar, duerme un par de horas: yo iré después. Fortunato salió, fue a acostarse en el sofá de la salita contigua y se durmió en seguida. Veinte minutos después se despertó, quiso volver a dormirse, dormitó unos minutos, hasta que se

levantó y volvió a la sala. Caminaba en puntas de pie para no despertar a la parienta, que dormía cerca de allí. Cuando llegó a la puerta, se detuvo asombrado. García se había aproximado al cadáver, había levantado la mortaja y contemplado durante unos instantes las facciones de la difunta. Después, como si la muerte lo espiritualizase todo, la besó en la frente. Fue en ese momento cuando Fortunato llegó a la puerta. Se detuvo sorprendido: no podía 25 Comprensión de textos literarios ser el beso de la amistad, debía ser el epílogo de un libro adúltero. No sentía celos, adviértase; la naturaleza lo compuso de tal manera que no sintió celos ni envidia, sino cierta vanidad, que no es menos perniciosa ni menos deudora del resentimiento. Miró asombrado, mordiéndose los labios. Mientras tanto, García volvió a inclinarse para besar otra vez el cadáver, pero entonces no pudo más. El beso estalló en sollozos, y los ojos fueron incapaces de contener las lágrimas que se derramaron a borbotones, lágrimas de amor callado, e irremediable desesperación. Fortunato, en la puerta, donde se había quedado, saboreó tranquilo esa expresión de dolor moral que fue larga, muy larga, deliciosamente larga.

2. ¿Cuál es el propósito general del cuento que escogió?
3. ¿Qué temas se exploran en el cuento?
4. ¿Qué tensiones enfrentan los personajes, cómo las solucionan o qué aprenden de ellas?
- 5.

Lee la biografía de J. M Machado de Assis y la cronología de eventos más sobresalientes en Brasil durante la vida del autor brasileiro.

Biografía Joaquim Maria Machado de Assis nació en Río de Janeiro el 21 de junio de 1839. Era hijo de Francisco José de Assis, pintor y descendiente de esclavos libertos, y de Maria Leopoldina Machado, una lavandera portuguesa de las islas Azores. Machado de Assis pasó su infancia en la casa de campo de la viuda de un senador del Imperio, en la Ladeira Nova do Livramento, donde su familia vivía a jornal. Era epiléptico y tartamudo, quedó muy pronto huérfano de madre. Su padre murió en 1851 y su madrastra, Maria Inés, que por entonces vivía en San Cristóbal, empezó a trabajar como dulcera en un colegio del barrio, aunque el futuro poeta tuvo que trabajar como vendedor de dulces, el oficio le permitió tener contacto con con profesores y alumnos. Sin embargo fue autodidacta, estudió francés y alemán, y su falta de formación reglada no le impidió convertirse en el fundador de la literatura brasileña, gracias a su enorme talento y tenacidad. Inició su carrera trabajando en periódicos y en la imprenta oficial de Río de Janeiro, donde entabló contacto con el escritor Joaquim Manuel de Macedo. A los quince años publicó su primer poema “Ela” en la revista Marmota Fluminense. En 1864 publicó su primer libro de poesía. En 1869 contrajo matrimonio con la portuguesa Carolina Xavier de Novaes, hermana del poeta Faustino Xavier de Novaes y cuatro años mayor que él. En 1873 ingresó en el Ministerio de Agricultura, Comercio y Obras Públicas, como primer oficial. Posteriormente ascendería en la carrera funcionarial y se jubilaría en el cargo de director del Ministerio de Transportes y Obras 29 Comprensión de textos literarios Públicas. Su primera obra narrativa era de carácter romántico, pero a partir de 1881, con la publicación de Memorias póstumas de Blas Cubas, marcó el inicio del realismo en Brasil. En la segunda fase, las características principales de sus obras son la introspección, el humor y el pesimismo en relación a la esencia del hombre y su relación con el mundo. Fundó la Academia Brasileña de las Letras en 1897. Murió el 29 de

septiembre de 1908, en su vieja casa del barrio carioca de Cosme Velho.

- Junio 21 de 1839 - Nacimiento del escritor: nace en Río de Janeiro el escritor brasileiro Joaquim Maria Machado de Assis.
- 1841 – Coronación de Pedro II: La coronación prematura de Pedro II de Brasil ocurrió cuando este tenía quince años, y luego de la abdicación de su padre Pedro II, quien viaja a Portugal para reclamar el reinado de su hija, María II de Portugal.
- 1850 – Inicia el proceso de abolición de la esclavitud: en 1850 inicia una serie de debates políticos en torno a la abolición de la esclavitud.
- 1851 a 1852 – Guerra de la Plata: Brasil resulta triunfante en esta guerra entre la Confederación Argentina y una alianza entre el Imperio de Brasil, Uruguay y las provincias argentinas de Entre Ríos y Corriente.
- 1864 a 1865 – Guerra del Uruguay: guerra que enfrentó al Partido Blanco del Uruguay que estaba en el poder, y al Imperio de Brasil en alianza con el Partido Colorado del Uruguay y Argentina.
- 1864 a 1870 – Guerra Paraguaya o Guerra de la Triple Alianza: Se trata del esfuerzo más grande que ha hecho Brasil en una guerra en su historia. En esta guerra Paraguay se enfrentó a Argentina, Brasil y Uruguay que resultaron triunfantes. Durante esta guerra fallecieron aproximadamente 400.000 personas, la mayoría de las cuales eran paraguayas. Como consecuencia Paraguay se vio forzado a ceder territorio a Argentina y Brasil.
- 1888 – Abolición de la esclavitud: la esclavitud en Brasil fue formalmente abolida después de un largo periodo de debates políticos y movilizaciones que pedían el fin de la esclavitud.
- 1889 – Fin de la monarquía: Brasil atraviesa por un largo periodo de devastación económica y la mayoría de los oficiales del ejército y algunos miembros de la élite financiera deciden unir esfuerzos para declarar un golpe de estado que termina por derrocar a la monarquía.
- 1889 – La Primera República: durante este periodo una dictadura militar controlaba el gobierno y las elecciones y se aseguró de censurar la prensa.
- 1894 a 1931 – Crisis económica y militar: Brasil atraviesa por un largo periodo de inestabilidad y crisis tanto económica como política.
- Septiembre 29 de 1908 – Muerte de Machado: a las 3h20m del 29 de septiembre de 1908 en la casa de Cosme Velho,70; Machado de Assis muere a los setenta y nueve años de edad, víctima de una úlcera cancerosa en la boca.

6 • ¿De qué manera influyen el contexto y la vida del autor en el cuento?

ACTIVIDADES DE GRAMÁTICA

1. REPASA LAS REGLAS DE ACENTUACIÓN

-Palabras agudas (se acentúan en la última sílaba): llevan tilde cuando terminan en n, s o vocal.

Ejemplos: además, canción, café, pared.

-Palabras graves (se acentúan en la penúltima sílaba): llevan tilde cuando no terminan en n, s o vocal. Ejemplos: árbol, lápiz, mártir, rodaja.

Las palabras esdrújulas son aquellas que llevan el acento en la antepenúltima sílaba y a todas se les marca la tilde. EJEMPLO. música-pájaro.

EJERCICIOS SOBRE NORMAS GENERALES DE ACENTUACIÓN

1. Efectúa la división en sílabas de las siguientes palabras, poniendo en mayúsculas la sílaba tónica de cada una de ellas. Ejemplo: manilla: *ma-NI-lla*.

- | | | |
|---------------------|-------------------|------------------|
| - avisar: _____ | - base: _____ | - empacho: _____ |
| - verdugo: _____ | - capellán: _____ | - cántaro: _____ |
| - continente: _____ | - embrujo: _____ | - recibir: _____ |
| - látigo: _____ | - pídeselo: _____ | - teclado: _____ |
| - monitor: _____ | - unidad: _____ | - lógico: _____ |
| - delgado: _____ | - servil: _____ | - sábado: _____ |

2. Una vez realizado el ejercicio anterior, clasifica esas mismas palabras según la posición del acento:

- Agudas:
- Llanas:
- Esdrújulas:
- Sobreesdrújulas:

3. Clasifica las siguientes palabras según la posición de la sílaba tónica y explica después el porqué de tu clasificación. Ejemplo: *diccionario: es llana, porque la sílaba tónica (na) es la penúltima.*

- lengua:
- águila:
- ordenador:
- cuaderno:
- votar:
- tráemelo:
- catálogo:
- animal:
- sermón:
- respóndemelo:
- línea:
- elefante:
- deseo:
- instructor:
- artístico:

Los Sustantivos

Clasificación de los sustantivos.

Comunes

Nombran en forma general elementos de la misma clase.

casa
gato
profesor

Propios

Nombran en forma individual algún sujeto u objeto.

Diego
Londres
Chile

Abstractos

Conceptos, ideas o sentimientos - sin presencia física.

amor
miedo
paciencia

Concretos

Seres u objetos que se pueden percibir por los sentidos.

carta
pájaro
bicicleta

Individuales

Nombran en forma particular a un solo elemento.

oveja
perro
abeja

Colectivos

Nombran un grupo del mismo elemento.

rebaño
jauría
enjambre

ADJETIVOS

El adjetivo es una palabra que modifica al nombre o sustantivo.

CALIFICATIVOS

Indican cómo son los sustantivos.

grande, bonito,
fuerte, etc.



DEMOSTRATIVOS

Indican si el sustantivo está cerca o lejos de la persona que habla.

este, ese, aquel,
esta, esa, aquella,
estos, esos, aquellos,
estas, esas, aquellas.



POSESIVOS

Indican a quién pertenece el sustantivo.

mi, tu, su,
nuestro, nuestros,
nuestra, nuestras.





INSTITUCIÓN EDUCATIVA LENINGRADO

Resol. No.2285 de mayo 02 de 2011 Jornada Diurna

Resol. No. 3212 de Julio 01 de 2011 Jornada Nocturna

NIT 816.002.832-0 DANE 166001002886



Sustantivos	Son palabras que nombran personas, animales o cosas, tienen género y número. Ejemplo: Mi mochila es grande.
Adjetivos	Son palabras que acompañan al sustantivo indicando sus cualidades. Ejemplo: Mi mochila es grande .
Determinantes	Son palabras que van delante del sustantivo y sirven para determinarlo. Ejemplo: Mi cuaderno.
Pronombres	Son palabras que se utilizan en lugar de un sustantivo para designar a las personas, animales o cosas. Ejemplo: Él salió a correr.
Verbos	Son palabras que expresan acciones, actitudes, cambios de personas, animales o cosas. Ejemplo: Él salió a correr .
Adverbios	Son palabras que puede modificar o completar el significado del verbo.



Tipos de adverbios



Duda

- acaso
- quizá
- probablemente
- tal vez
- posiblemente
- puede ser

Negación

- tampoco
- nunca
- no
- jamás

Lugar

- cerca
- aquí
- lejos
- ahí
- encima
- debajo
- sobre
- entre

Cantidad

- bastante
- mucho
- demasiado
- más
- menos
- poco
- nada

Definición:
El adverbio puede modificar o completar el significado del verbo, del adjetivo, de otro adverbio o de toda una oración.

Tiempo

- luego
- hoy
- ahora
- ayer
- tarde
- mañana
- antier